



Grina se prueba un vestido de novia que encontró en un contenedor.

chatarra no entraba al piso. Ni una mala palabra para el paquistaní porque era un acuerdo verbal, pero lo de la chatarra era «**un problema**».

En marzo del 2008, encontraron este descampado y pidieron permiso para vivir en él. «**Los de la Renfe**» accedieron porque la familia había desbrozado un lodazal lleno de maleza. En una garita viven Víctor, hermano de Grina; su mujer, Mariana, y sus dos hijos. Cuando llegaron, Mariana tenía dos niños –Albert, de me-

ses, y Ramona, de unos 2 años– y, por eso, la familia le cedió la casa que ya estaba en pie. En la chabola que construyeron viven Grina y la otra parentela: unos días, 6, y otros, 16.

Por ahora ocupan este descampado porque aquí pueden dejar la chatarra que recogen y no pagan alquiler. Además, las chatarrerías están cerca y el páramo ya forma parte del circuito de marroquís que compran dos pares de zapatos a un euro.

Tazas, mantas, radiadores, las

banderolas que protegen las chabolas de la lluvia... Todo lo hallan en los contenedores. Para algún barcelonés, la tele que tiene Grina en su habitación es ya vieja solo porque no tiene la pantalla plana. El iPod del que no se despega Petrica es desecharable porque perdió brillo. También lo son las mantas que cubren las paredes y las camas y los zapatos de verano con la etiqueta en la suela y ese hornillo con un golpecito de nada.

Anochece y, poco a poco, la fami-

lia regresa al campamento. Mariana abre su casa con hospitalidad, recoge una mesa de plástico de afuera y le pone un manta que sirve de mantel. Luego, destapa un refresco. Sentada en una silla de plástico, lo primero que explica es que su bebé «**no está**». Mariana se quedó embarazada de su tercer bebé a los nueve meses de haber llegado a Barcelona. La niña nació prematura y mientras estaba en la incubadora, ella se dedicó a rogar a todo el que pasaba por el

pasillo del hospital. «**Dame, no agua, no casa, no comida**». Cuenta que solo quería ayudar y que decir que no tenía con qué alimentar al bebé es algo «**normal**». Está tan acostumbrada a pedir lo que sea, que, a veces, no mide las consecuencias de lo que le sale por la boca. En su casa hay comida, agua y radiadores que funcionan.

Mariana chapurrea en castellano y se enfada en gitano, sobre todo cuando Víctor, su marido, la hace callar. Él asegura que los dos decidieron entregar el bebé a los servicios sociales. La pareja se pone a gritar y se llaman el uno al otro por sus nombres gitanos, Alimentara (Mariana) y Gimis (Víctor). Tienen una doble identidad: la que muestran cuando alguien les pregunta –servicios sociales, policía, oenegés– y la de nacimiento. Cuando se hacen visibles, borran tanto como pueden quiénes son realmente.

La chabola donde vive Grina es grande. En una habitación están ella, Dumitru y Petrica. Los otros se reparten entre otras cuatro camas. En invierno, entran el hornillo porque el páramo se hiela. Hoy hay estofado. Compran un kilo de carne a un euro en un super chino de Fondo y, aunque hay mucha, «**nunca, nunca**» recogen la comida de los contenedores. «**Es horrible, nosotros compramos**», asegura Grina, asqueada.

Poco a poco van llegando los parentes de Fondo y los que viven en la fábrica de Sant Andreu. Una de las chicas se va a Rumanía y quieren

Liviu inspecciona 80
contenedores cada hora y recorre 30 kilómetros al día

darle bultos para que se los entregue a los parientes. Han pagado a un rumano para que la lleve en furgoneta: 90 euros el pasaje y 60 por bulto. Entre gitanos no hay despedida: tres días de viaje y la chica estará en casa. Luego, quizás vuelva o quizás no. Grina envía un hatillo con ropa a su madre. La matriarca del clan, Ioanna, hace días que se fue a Murgeni para sanar una pulmonía que no se le iba ni con medicinas ni con hierbas ni con rezos cristianos ni con nada.

En la reunión, Nicolae cuenta que durante el día encontró unas pelotas de fútbol. Un grupo de jubilados se le acercó y él les regaló una. Estaban deshinchadas, pero unas cailleantes antes había hallado un fuelle. En pocos segundos, se organizó un partidillo en la acera.

Ahora el descampado está a oscuras y solo las dos chabolas están iluminadas. Mariana y Víctor no están en la reunión. Salen de su casa y se detienen a comprar tabaco en Can Xisco, el bar donde cada mañana toman un café. Ramona, la niña, hace reír a Mariana. Ha descubierto que las máquinas tragaperras cantan. Un vecino aparta su bolsa. Mariana se da cuenta y, de nuevo, se le vuelve a agrinar la cara. Sabe que ese acto de recoger la bolsa se llama *desconfianza*. En Murgeni, lo ha vivido toda la vida. Ahora lo padece en Barcelona, por eso, recoge a sus hijos y desaparece como por ensalmo. ■